
PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Viajeros a Baja California
Autocrítica de Fidel Velázquez

Como en una comedia de errores, los papeles se han trastocado: el gobierno federal, elegido por los priístas, actúa como si lo impulsara el panismo; y en Baja California, donde el

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

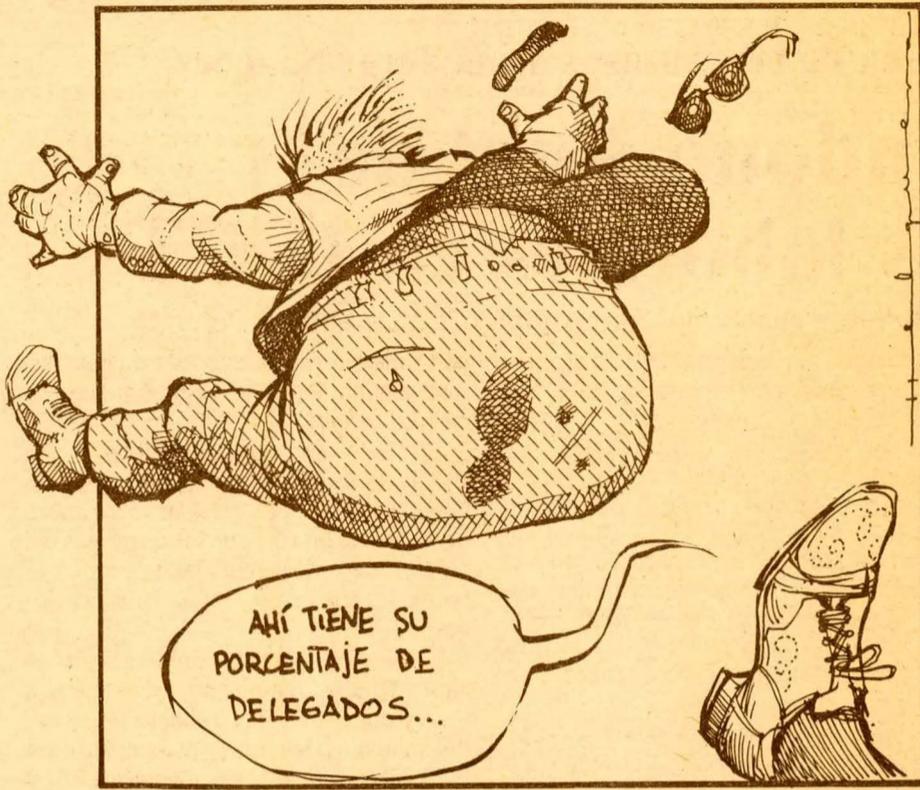
ASAMBLEA NACIONAL DEL PRI ■ Helguera

governador, la mayoría legislativa y dos de los cuatro alcaldes son panistas, es difícil distinguir su conducta de la del priísmo en general (aunque sí es diferente de los priístas que más recientemente gobernaron lo que fue "el estado 29". Vamos: hasta es acusado de persecuidor, que es un dictado con frecuencia esgrimido contra administraciones surgidas del PRI, aunque esta vez sea el líder nacional de ese partido quien lo asesta, desde el frío de la oposición.

Si Manuel J. Clouthier hubiera ganado la elección presidencial en julio de 1988, no viviríamos hoy un panorama diferente al que nos rodea, pues sus tesis o sus inclinaciones se convierten hoy en hechos: afanosa integración comercial con Estados Unidos; desmantelamiento del Estado, incluida la desnacionalización bancaria (de la que el finado sinaloense fue adalid, primero que nadie); y luna de miel con la jerarquía eclesiástica. Para decirlo con el chocante (por rutinario) lugar común: como Ruy Díaz de Vivar, Clouthier sigue ganando batallas después de muerto. Diremos más: él, que presidió el comité pro construcción del seminario diocesano en Culiacán, que como dirigente nacional de los productores de hortalizas consiguió de autoridades norteamericanas la eliminación de restricciones a la exportación de esos productos: e inició, en reacción fulminante, la activa y eficaz campaña contra la expropiación bancaria, el mismo día en que fue consumada; él habría tenido quizá reparos que hoy están ausentes, en esta aturullante acumulación de decisiones panistas que no osan decir su nombre.

A la entidad formalmente panista llegaron en estos días dos visitantes singulares. Por un lado, el secretario de Turismo Pedro Joaquín fue el enviado presidencial a la firma del Convenio Único de Desarrollo, previsto en la ley y por lo tanto practicable cualquiera que sea la filiación política del gobernador. Ese instrumento de coacción política por el cual la Federación, y particularmente el secretario de Programación y Presupuesto se convierten en la instancia decisoria real y efectiva sobre inversiones y obras públicas, no ha sido utilizado para achicar a la administración estatal panista. La relación entre los dos niveles de gobierno sigue tan tersa como en el momento inaugural, hace siete meses. Lo es menos, al parecer, entre el gobierno estatal y el ayuntamiento de Mexicali, cuyo titular Milton Castellanos se ufandó ante Azucena Valderrábano, que lo entrevistó el lunes pasado aquí, de encabezar un gobierno municipal verdaderamente autónomo, dada su desvinculación con el gobernador, y se quejó de padecer "algún tipo de persecución política y de persecución financiera". Si eso es verdad, confirmaría el talante priísta de la administración de Ruffo: ¿No se quejaba él mismo de algunas formas de presión semejantes ejercidas en su contra, como alcalde de Ensenada, por el gobernador Xicoténcatl Leyva?

El alcalde Castellanos —ex oficial mayor del gobierno estatal, ex líder del PRI en el estado, hijo y tocayo de un ex gobernador de la entidad— se presentará el jueves próximo al juzgado cuarto penal en Mexicali, para responder de un cheque por catorce millones de pesos que consta recibió del gobierno estatal, cuando dirigía el priísmo local. Resta importancia al episodio, alegando que por ser entidades de interés público los partidos, no sólo el



suyo, reciben aportaciones gubernamentales, que son legítimas y por lo tanto no comete peculado quien las otorga. Lo cual tendría fundamento jurídico si la ley electoral bajacaliforniana contiene alguna disposición análoga a la del financiamiento público previsto en el código federal de elecciones. Pero el cheque abiertamente recibido por Castellanos es sólo uno de 250 expedidos por el gobierno interino de Oscar Baylón hacia destinos irregulares y entregados a enigmáticos beneficiarios, algunos de los cuales tienen nombres cuyas iniciales son, en desorden, las de Castellanos, según advertencia no descabellada de la contraloría del gobierno panista. La probable desviación de la suma, en total, veintiséis mil millones de pesos, cifra que es algo mayor que los 14 millones alegremente recibidos por el hoy alcalde mexicano, aunque menos desproporcionada respecto de los seis mil millones que, según el gobernador Ruffo tuvieron como destinataria a su adversaria, Margarita Ortega.

Esta senadora con licencia vive días amargos. Transitó de la sorpresa de saberse escogida candidata a las primeras dudas sobre la lealtad de los dirigentes locales de su partido; de allí a la exultante euforia de los días de campaña, al modo tradicional, con derroche de todo; y luego a la pesada obligación de aceptar que el voto le era contrario. Ya era bastante ser una candidata derrotada, en un partido falto de esa costumbre. Pero no era todavía todo. Ahora, como consecuencia no calculada del calculado reconocimiento del triunfo panista, surge la evidencia documental de algo siempre sospechado, hasta sabido, pero casi nunca susceptible de comprobación: el financiamiento oficial a campañas priístas, otorgado en forma tal que propicia rapacidades particulares. Su carrera, las aspiraciones que se le conocen, su estilo de vida, hacen indudable que Margarita Ortega no iba a trocar su futuro por unos pesos, aunque fueran muchos. Y sin embargo, está en el centro de una situación que la supera, que deberá encarar en su oportunidad y en la que puede todavía padecer mayores quebrantos.

Hasta ahora, aunque se le proveyó

un refugio, el Instituto Nacional del Consumidor, parecía abandonada a su suerte, como para hacer convincentes las versiones de que se le tendió una trampa, de que se la empujó con mala fe a una aventura cuyo desenlace era conocido por todos, menos por ella. Los rumores insidiosos primero, después la aparición de documentos y en fin la acusación directa de Ruffo, fueron recibidos por sus correligionarios como por quien ve llover y no se moja. Ha tenido que llegar el momento en que se plantea la reconquista de Baja California, para que primero Silvia Hernández y ahora el senador Luis Donaldo Colosio le acuerden apoyo y solidaridad.

El otro ilustre visitante de esas tierras es el presidente del PRI. Colosio llegó a Baja California a comprobar el desastre. El PRI no sabe vivir a la intemperie. Si no dispone de abundantes recursos para satisfacer al clientelismo, si ya no colma las expectativas de quienes quieren trepar en la pirámide política y hasta se convierte la militancia en riesgo penal, se comprende que el priísmo atraiga ya a muy pocos, al menos por ahora, en que sólo puede ofrecer sangre, sudor y lágrimas. Ya se sabe que el triunfo tiene muchos padres y la derrota es huérfana. Claro que el PRI cuenta con dos senadores, seis diputados federales, siete locales y dos ayuntamientos; pero también enfrenta un desprestigio que puede aún crecer, conforme se desarrollen los juicios penales sobre peculado y cuando se compruebe, en ambas vías, que el PAN puede, con la ayuda federal incondicional, gobernar mejor que el PRI; y que los alcaldes priístas, estrangulados financieramente, rayan en la ineficacia.

El presidente del PRI está hoy en Ensenada. Viajó a la península al cabo de una semana en la que, como cumple al jefe del partido en el poder, tuvo que mostrarse muy activo. El lunes sostuvo un desafortunado encuentro informativo con los corresponsales extranjeros, que se duelen de su elusividad, sobre todo frente a cuestiones específicas. Le preguntaron, por ejemplo, cuánto costó la más reciente campaña presidencial, pues el tema del financiamiento partidario interesa en todas par-

tes, y el senador Colosio rehusó la respuesta, que debía estar en condiciones de dar, ya que era el oficial mayor del partido entonces. El miércoles rompió su hábito de no asistir a las sesiones de la Cámara a que pertenece, y se presentó en la casona de Xicoténcatl. Acaso sabía que la sesión iba a ser breve, lo que le permitió sostener una conversación con su colega, y adversario, Porfirio Muñoz Ledo, reedición de la charla que, también ante la expectación pública, sostuvieron en Buenos Aires cuando Colosio fue elegido presidente de la COPPAL y el PRD fue admitido en esa agrupación.

Su más significativa presencia pública, sin embargo, estuvo centrada en la polémica sobre el peso que el PRI debe dar a los sectores en su decimocuarta asamblea nacional, ante las reclamaciones de la CTM y del Congreso del Trabajo, que virtualmente declararon la guerra al senador sonoreño. O, mejor dicho, al proyecto de nuevo partido que está fraguándose bajo la vigilancia de aquél. Pudiera anticiparse un primer resultado de ese enfrentamiento, consistente en el retiro anticipado de Fidel Velázquez de su eminente posición. Si así ocurriera, el economista nativo de Magdalena quedaría convertido en un moderno —of course— Perseo capaz de degollar a esa Medusa cuya cabeza tantos quisieron cortar sin buen resultado.

Luego del homenaje por sus noventa años, el 24 de abril, prolongado hasta el primero de mayo en que la voz presidencial lo colmó de elogios, el añejo poder comenzó a declinar. Esos festejos fueron su canto del cisne. En lo que el propio Velázquez ha de interpretar como un parricidio, Francisco Hernández Juárez escapó a su tutela y al emprender acciones que ya Velázquez no puede siquiera impedir por razones que la gerontología conoce, contribuye a acelerar el retiro del viejo cacique sindical. En una insólita declaración, el propio Don Fidel anunció que en 1992, año del Quinto Centenario —de la invención de América, no de su nacimiento— concluirá sus tareas como secretario general de la CTM. No aspirará a ninguna nueva reelección. Y, lo que es más, renegará de todas las anteriores, pues con leve demora ha descubierto los inconvenientes de una larga estadía en el mando sindical.

Varias veces antes Fidel Velázquez sorteó asedios semejantes. La Central Nacional de Trabajadores, muy semejante por su integración y por la cercanía de sus dirigentes al Presidente de la República, pero aún más poderosa porque era capaz de ofrecer las reivindicaciones propias del naciente desarrollo estabilizador, y de acrecentar sus posiciones, porque el Estado se agigantaba en vez de achicarse como ahora, no logró sobrevivir, no consiguió minar el poderío de la CTM y ni siquiera pudo evitar la quinta reelección de Velázquez, conseguida mientras era senador, la segunda de las tres veces que lo fue. Pero, como se dice en las tertulias provincianas, no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*.

Velázquez se irá, Velázquez se va, pero no empujado por los trabajadores cuyos intereses y derechos controló, mediatizó, deformó, entregó. Ni siquiera le ocurre lo que al maestro constructor, de Ibsen, que simboliza la trágica pero inútil lucha de la vieja generación contra la nueva. El antiguo vaquero de El Rosario será, está siendo ya devorado por la máquina trituradora de la modernidad frente a la que sobreviven sólo los más aptos.